

El iPod en modo aleatorio: esa caja de sorpresas

Pablo Espinosa

Sesión de escucha.

¿Qué sucede cuando escuchamos música desde un dispositivo iPod en modo aleatorio?

Suena un juego de abalorios de sorpresas, si es que hemos alimentado esa cajita mágica con suficientes discos compactos cuyo contenido sea de la más diversa índole. De linaje variopinto.

Suceden series que parecieran programadas pero son producto del azar y, como las casualidades no existen, después de que sonó la *Gymnopedie Uno* de Erik Satie en las manos de Aldo Ciccolini, su descubridor y máximo difusor en discos grabados, a continuación suena la *Gnosienne Cuatro* del mismo autor pero ahora con Pascal Rogé, alumno de Ciccolini y de quien aprendió a imprimir una dosis de melancolía tal que el misterio se apropia de la neblina color turquesa que aparece en el imaginario del escucha. Embelesado.

Eso da paso al oboe de Albrecht Mayer, primer atril de la Filarmónica de Berlín, con su disco de rarezas musicales escritas para uno de los instrumentos que producen los sonidos más raros, voluptuosos, exquisitos, cuasi celestiales: el oboe.

No suena todo el disco de Albrecht Mayer, tal es la característica del modo aleatorio en el iPod, que nos conduce, Minotauros bajo hipnosis, por los laberintos invisibles, el sistema de vasos comunicantes de la programación cibernética que nos lleva ahora a:

Mozart, por supuesto.

La jovencita china Yuja Wang, quien ha cambiado para bien el panorama del concertismo al vestirse como ella quiere, como una joven bella, en lugar del luto eterno de los solistas en las salas de concierto, aquí entabla tramados imposibles

en cuanto a la velocidad con la que corren sus dedos sobre las teclas del piano. La célebre *Sonata Alla Turca* de Mozart nunca había sonado así, como si el compositor hubiese dejado anotaciones con tinta invisible que la joven china supo descifrar y pone tal cantidad de notas con la mano izquierda, otros millares de solfas con la derecha, que sucede como cuando los sabios ancianos de Tuva emiten armónicos desde sus gargantas: líneas de sonido parásitas, que nacen de la conjunción de las notas parideras. Gineceo magnífico.

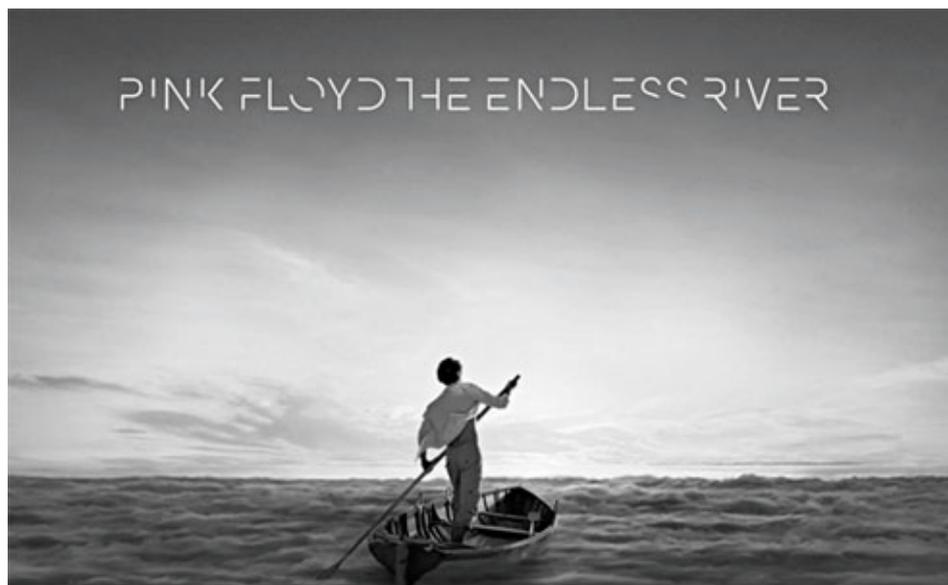
Tampoco suena entero el disco de Yuja Wang y, como si hubiésemos pedido respiro, el modo aleatorio nos coloca ahora en el Nirvana: Arvo Pärt, *Berliner Messe*. Todo adquiere su lugar en el universo. Lo sagrado suena.

Como si fuera un relato fílmico, la acción se traslada (corte a:) el sonido eléctrico/metálico de la guitarra del mejor bluesman del momento: Buddy Guy, quien formula su declaración de amor: *I love you Miss Ida B*, que así se titula la canción.

El riff de Buddy Guy alcanza lo sublime, territorio impensado para muchos músicos de blues, sobre todo para muchos escuchas que suponen blues como “tristeza a todo volumen”. Su manera de puntear las cuerdas, cual arpa en un adagio de Mahler, explica por qué Buddy Guy encabeza los rumbos nuevos del blues.

Y como si la energía humana que desplegó la joven Yuja Wang con Mozart se hubiese quedado encendida en el iPod, nos coloca nuevamente en la *Sonata Alla Turca* pero ahora, sorpresa, con un turco: Fazil Say, cuya alquimia con esta música tan mágica consiste en dotarla de síncope para convertir la improvisación de música turquesa original de Mozart, en una hermosa, espectacular improvisación jazzística.

El modo aleatorio del iPod es como un juego de dados. Cuando ruedan desde el interior verde del vaso de cuero, los dados ponen números bonitos al azar. Dotan inclusive de actualidad a todo lo que suena desde el iPod porque si de manera





Yuja Wang

do canturrea, musita, gime, cada vez que hiende el dedo sobre la tecla, a la manera de Glenn Gould y Keith Jarrett, insignes gemidores de música espiritual, profundamente espiritual.

El iPod ahora vibra con otra irruptora, Nina Simone, quien también en su momento modificó la manera de escuchar música de los humanos, dado su comportamiento en escena pero sobre todo el poder abismal de su voz.

Canta Nina Simone y en su voz demuestra la manera como en una sola persona se reunieron el hechizo de la música negra, la elegancia del *music hall*, la prontitud del *folk*, la técnica *scat*, la magia tribal, la reivindicación cultural africana y el prestigio de la música de concierto.

Algo rasga ahora con delicada daga el viento. Es el *sitar* de Ravi Shankar. Suena una raga, ese océano de notas creado bajo el influjo de la divinidad.

Suena el material póstumo de Ravi: *The Living Room Sessions*. Suenan en una raga versos, joyas pertenecientes al reino de la poesía sánscrita:

Al quitarme las ropas, incapaz
De cubrir los dos pechos con los brazos
Blancos, delicados como flores,
Tomé de pronto su pecho como capa.
Y al sentir mis muslos montados en
[su mano,
Hundiéndome en un océano de
[vergüenza,
Fui salvada por el dios del amor,
Maestro del desmayo

Suena la raga en su preámbulo, *alaap*: un ardoroso y calmo escarceo, un roce de lóbulos, besar el cuello, acompasar el lento ritmo cordial en *accelerando* y *ritardando*, para luego introducir la parte media (*Jhort* y *jhala*) en acompasado diapason, ritmo físico y sublime y llegar al clímax (*gath*) en la culminación de una secuencia cambiante, improvisatoria donde lo físico y lo espiritual se ayuntan. Así se hace una raga.

Hay ragas femeninos y masculinos, los hay también para cada estación del año como hay ragas para la lluvia, para las flores. Ragas para florecer.

Flos campi. El iPod decidió, delirios cibernéticos, poner a sonar el *Blumine*,

simultánea nos ubicamos en la pantalla del celular donde se suceden noticias, fotografías y toda suerte de información del día, vemos que Fazil Say acaba de “postear” una foto de la puerta de entrada del Théâtre des Champs Elysées en París, Francia, donde esta misma noche, de acuerdo con el cartel que se lee, colgado en la puerta del teatro, Fazil Say interpreta un programa Mozart, que inicia precisamente ¡con la *Sonata Alla Turca!*

El modo aleatorio del iPod se parece a las bibliotecas personales. Quien se asome al *track listing* de alguien se llevará sorpresas, conocerá más a fondo a esa persona (dime qué música escuchas y te diré quién eres o, mejor: dime cómo escuchas música y te diré quién eres), pues suele encasillarse a quien identifican con Mahler y no se imaginarían siquiera que en su iPod esplenden, junto a las de Mahler, las obras completas de Pérez Prado.

Y también como sucede con las bibliotecas personales, donde alguien puede encontrar en los estantes de otro alguien libros que no hubiera imaginado hallar ahí, sin tomar en cuenta que en toda biblioteca que se respete existen libros de consulta sobre temas inimaginados, que fueron adquiridos para ser leídos con un propósito determinado: por ejemplo, resolver el pasaje de una novela donde el personaje llevó al autor hacia temas que desconocía, como por ejemplo el cultivo de orquídeas, sus cuidados y condiciones, dado que el personaje de su novela se le

enamoró de una joven a quien impresionó el descubrimiento de la belleza: observar cómo crece en su alcoba, día con día, una orquídea, cómo va entreabriendo sus pétalos de la misma manera que ella lo hace con sus labios. Todos.

Gotas de lluvia contra el cristal de la ventana; el roce infinitesimal de la extremidad inferior de una grulla mientras se aparea; el callado estallido de un perfume de mujer desde su cuello desnudo.

Sunrise. Alba. Amanecer, así se titula el disco del místico japonés Masabumi Kikuchi, una de cuyas piezas ahora suena. Música zen: el suspiro de un hada enamorada; el sonido de la seda contra la piel más íntima, última prenda de una dama al desprenderse antes del amor, el sonar de los pétalos de una flor cuando abandona su condición de capullo para convertirse en mil sonrisas.

Sunrise. El sol sonrío. Porque Masabumi Kikuchi, quien a sus 73 años puede ser visto caminando por las calles de Greenwich Village, donde conoció hace 30 años a otro místico, cabeza a rape, Paul Motian, cuya batería, la de Motian, suena exactamente igual al musitar de los vellos de los brazos de una dama en el instante inicial del amor, cuando Gary Peacock la toma en sus brazos, a la mujer, que ha tomado forma de un hermoso contrabajo acústico que arquea su espalda, la arquea en cada gemido, cada suspiro, cada ronco canturrear de orgasmo en ciernes, que eso parece imitar Masabumi Kikuchi cuan-

ese episodio florido que escribió Gustav Mahler en su juventud y después añadió como el segundo movimiento de su Primera Sinfonía pero después lo quitó, seguramente porque intuyó la falta de concisión, hondura, arrastre emocional que sí posee el resto de sus adagios.

Misterio. *O Misterio*, así se llaman el disco con el que reapareció Teresa Salgueiro luego de abandonar Madredeus, ese grupo portugués al que dio su voz durante veinte años.

No es la misma voz la que suena ahora en el iPod; ha adquirido sabiduría, tersura, ganancia en matices, sutilezas, guiños y alegrías, sin perder frescura, calidez, ternura y capacidad de emocionar.

Canta Teresa Salgueiro:

Un día, cuando deje
Mi breve morada
Seré apenas levedad
En el aire azul
De la madrugada
Suave neblina
O espuma del mar
¿un instante fugaz?

Ahora, la luminosidad del sonido: un hermoso tono tintinea y asemeja en su andar la estela que deja un cometa y también la luz que descarga una estrella cuando cae. Una mano izquierda dibuja en el aire el sonido cuando tiembla, la estela del cometa que se incendia y el resplandor de la estrella que titila. Una luminosidad primordial.

Es Glenn Gould al piano. El aria inicial de las *Variaciones Goldberg*, de Bach, en la versión que realizó en 1981, muy distinta de la primera, de 1955, porque ha ganado también en sabiduría, pulso prometeico, fulgor en una velocidad lenta, tan lenta que deja de transcurrir el tiempo.

Ahora, de entre la quietud nacen sonidos apacibles.

Un señor de nombre David Gilmour alumbra el umbral umbrío con imbricaciones lubricadas en almíbar, mirra y miel.

Sentado y con los ojos cerrados, un señor de nombre Richard Wright emulsifica la poción con anotaciones puntuales en teclados.

A ellos se une, en acompasado diapasón, un señor de nombre Nick Mason, quien convierte los tambores en *violas d'amore* merced al suave discurrir de melodías, inusuales en un instrumento percusivo.

Pink Floyd. *Endless River*, disco póstumo de una de las bandas que cambiaron el devenir de la historia. Póstumo porque Pink Floyd se terminó en el instante en que Rick Wright expiró, 23 años después de la separación de Roger Waters, el poeta que mecía la cuna durante los 14 años en los que dirigió al grupo luego de que el verdadero fundador del prodigio y concepto Floyd, Syd Barrett (1946-2006), abandonara el mundo de la razón y la cordura para convertirse en el diamante en bruto (*crazy diamond*) que inspiró toda la producción del grupo, más allá de toda anécdota.

Desde el lado oscuro de la luna, Barrett nos barre con la mirada y se vuelve a morir. De risa.

Endless River trae su cauce a esta sesión de escucha y de plano tomamos una decisión: detener el modo aleatorio para escuchar el álbum completo nuevamente. Los dos cortes iniciales son como una meditación profunda y elevada.

El escucha se percató que la noción de tiempo, espacio y relieve desaparecieron para abrir paso a un flujo interminable (*endless river*) de nubes, sueños y sirenas.

Endless River es un disco que pertenece ya a la categoría de lo clásico: aquello atemporal, emblemático, representativo de una época, un momento, un hito de la humanidad que queda así perenne.

En realidad fue grabado hace 20 años, en la casa flotante de David Gilmour, el nuevo líder de Pink Floyd luego del descabezamiento de Roger Waters.

Lo grabaron en los tiempos muertos (es un decir) de la grabación de *The Division Bell*, un álbum con el tema de la comunicación entre las personas y su contraparte: la incomunicación.

En el flujo interminable de la existencia, del existir, el disco de Pink Floyd, *Endless River*, suena con la misma serena intensidad del relámpago.

Y con el destello del relámpago en cámara lenta, en una difuminación deslumbrante, decidimos, en nuestro propio tiempo y contento, dar por terminada nuestra meditación, digo: nuestra sesión de escucha. **U**

